

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

ENRIQUE SKINNER Z.

IMPRESION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
-- Arturo Prat 1428 --
Santiago de Chile, 1983

¿Quién soy?

ENRIQUE SKINNER

Sean mis primeras palabras de esta tarde, en que leeré lo que he escrito sobre quien se supone mejor conozco, de agradecimiento para la Agrupación Amigos del Libro, grupo con sentido de apostolado que no sólo defiende la vigencia de esta irremplazable fuente de sabiduría, sino que ha salido a predicar al mundo su mensaje.

Igualmente, agradezco el techo que generoso nos cobija, en la persona de su Director, Carlos Ruiz-Tagle y la presencia de ustedes, dispuestos a escucharme.

Nací hace 47 años aquí en Santiago. Por mi padre, soy de tercera generación en Chile y por mi madre, desciendo de un compañero del que ha

sido llamado con justa razón, el “primer chileno”, don Pedro de Valdivia.

Ya al casarse mis padres, ambas familias pertenecían a una misma religión, factor en no poca medida determinante tanto de mi vida, como de las distintas aproximaciones al dolor, la desdicha y las necesidades humanas que junto al ejemplo ancestral y un natural optimismo, caracterizan lo que llevo recorrido en esta tierra.

Como son muchos, en especial mis compañeros de colegio, los que a menudo me han preguntado la razón por la que comencé a escribir, con tono de voz que va del compasivo al de cierto entusiasmo que nos obliga a respetarnos, intentaré una explicación.

La verdad es que el asunto no resulta fácil, mirado desde el ángulo que se nos ha hecho tradicional por culpa del viejo esquema, que nos pintaba a los escritores y a los artistas, en general, como seres diferentes —lo que indudablemente somos—, en lo que respecta a la comunidad misma a la que pertenecemos y en la que actuamos.

De allí mi natural desconcierto ante la pregunta, por la sencilla razón que escribir, fue un movimiento más de mi ser, que encontró en el

lógico desenlace de lo que el mundo interno y externo le dictaban, su expresión.

Y esta no vino a destiempo. Por el contrario, tal intentaré dejar establecido, voy escribiendo cada día más, pero como resultado del abundante bagaje de reflexiones y experiencias que vamos adquiriendo en nuestro recorrido, que, al igual que los viajeros comunes, nos hace arribar al destino final, cargados de nuevos paisajes en la retina y portando enormes maletas y bultos.

LA INFANCIA

Esta etapa de la vida, lindó en mi caso y estoy seguro que en el de mis dos hermanos, con aquellas novelas ejemplares que debimos leer, donde sus héroes parecen no haber sufrido el pecado original y el resto de las personas están condenadas al dolor y forman, en muchos casos, la legión de los pecadores.

De no haber sido por la prédica de los míos, que constantemente nos estaban previniendo contra las faltas y el pecado, mientras nos reiteraban nuestra obligación para con el prójimo en cuanto a conducta y socorro, habríamos debido despertar

más bruscamente, todavía, cuando se deshizo este primer círculo.

Resumiendo, mis padres gozaban de posición muy holgada, salud y los inicios de un matrimonio dueño de un profundo amor, enraizado en la religión.

De allí que a los 6 años, mi única manifestación literaria, extra-escolar, fuera un cuento acorde con esas vivencias.

Escribí un relato de una rana que salía de la guitarra de un niño y le contaba sus desdichas.

Huelga decir que el plagio mental probable a los creadores consagrados, ni siquiera cruzó por la mente de los míos.

El eco de mi hazaña duró con fuerza arrolladora hasta nuestra próxima estada en la casa del abuelo materno que permanecía aquí en Santiago, pues nosotros éramos largamente viñamarinos.

Y sea porque me dormí en los laureles o por la sencilla razón que he señalado, que escribir es algo propio de la personalidad frente a ciertas circunstancias (como otros pintan, cantan o hacen música), el lápiz grafito de la época, no volvió a estampar ningún otro testimonio.

Mientras, los acontecimientos iban acumulando su huella.

Tras la infancia transcurrida sin más noticias externas que la guerra en Europa y el sufrimiento de los niños sin pan, ni hogar, ni padres, el dolor rompió con extrema brutalidad, el reino de la fantasía.

Mi padre, que era el centro luminoso de nuestras almas, cayó como herido por un rayo o si se quiere, tal como en las leyendas fantásticas, perdió sus poderes mágicos que le hacían convertir en luz lo que tocaba, sumergiéndose en un mal para el que no estábamos de ningún modo preparados: la neurosis.

El titán que llevaba años sin tomarse un día de descanso, la genial máquina de producir dinero y generoso dispensador de alegría, se derrumbó.

Fueron meses de honda tristeza.

El mundo roto en mil pedazos, salvó de la total destrucción gracias a la fortaleza de mi madre, la que pacientemente estuvo al lado del enfermo y logró reconstruir en parte el reino, pero ahora en la auténtica realidad, aquella que amenaza con zozobras, pruebas e inseguridad.

Comprendí de súbito lo que era no tener re-

cursos y no hallar el secreto de obtenerlos. Oscuramente, debo haber entendido entonces esta necesidad primaria, pues recuperado mi padre, pese a mis jóvenes años, comencé a trabajar bajo su servicio, en las horas que me dejaba libre el colegio, que por lo demás, no eran muchas, debido a que en esa época existía jornada completa.

Hoy agradezco esa etapa que en su oportunidad me arrancó más de una lágrima de impotencia.

Mi progenitor jamás volvería a ser el mismo. Al igual que un melancólico Sansón cuya cabellera rapada apenas creciera lo suficiente para que abrigara nuevas esperanzas, la neurosis lo hizo cruzar por el resto de su existencia purificándose al ser presa de este mal, cuyos efectos eran poco comprendidos por el vulgo, en ese tiempo, hasta tal punto de calificarse los primeros casos, como chifladuras, cuando no a sus víctimas, simplemente de locos.

En esta etapa, junto con aprender a callar y comprender los distintos estados de ánimo de mi padre, que se alternaban entre una breve alegría, violentas iras y largas depresiones, comencé a valorar lo que es el trabajo humilde y repetitivo que

correspondía al simple mozo al que yo reemplazaba.

Largas filas ante los mesones y cajas de servicios públicos. Humildad para esperar minutos eternos que el funcionario pertinente, dejara su cháchara y se dignara recibir el documento, estampando el timbre correspondiente, carreras a sacar firmas a lugares tan distintos como la Sección de Detenidos o el elegante despacho de un Gerente General.

Y mientras maduraba en años, comencé a escribir una especie de diario, para no olvidar estas experiencias, llenando a su vez las prolongadas esperas, con lectura. Para ello, conté con la complicidad del portadocumentos que mis insignificantes labores, me obligaban a usar.

ADOLESCENCIA

El brusco paso de la niñez a la adolescencia, iniciado con esta dolorosa prueba, coincidió con mi ingreso a los Padres Franceses de nuestra ciudad, Viña del Mar.

Podría definir aquella época como el origen de grandes cambios. El niño que venía de mirar

su mundo de fantasía destruido, halló en el ambiente que reinaba en el plantel, una respuesta seria, a las interrogantes. Así, la fe heredada por tradición de familia, se vio enriquecida por la enseñanza de los evangelios y el llamado a practicarlos entre los más necesitados, que fue la tónica permanente de mi paso por allí.

Muchas de mis vivencias durante mi estada en los Padres Franceses, he tenido la oportunidad de dejarlas consignadas en una obra que se debe al desvelo de Carlos Ruiz-Tagle y que es su "Antología de Viña del Mar".

Pero para nuestro propósito, interesan dos. Me refiero al fortalecimiento en aceleración de la individualidad, misterioso concepto que nos diferencia a unos de otros, para obligarnos, no obstante, a participar con el resto, en sus triunfos y derrotas, alegrías y penas.

Y también, a la búsqueda de Dios por la razón, en medio de la batalla que ahora sabemos, sólo terminará con nuestra muerte terrenal.

Así fue como se inició el proceso puertas adentro.

El nuevo círculo, construido de las cenizas del anterior, trajo la novedad de la identificación.

Todas las interrogantes exigían respuestas, las que no siempre llegaban. Sí, hallé las más urgentes y ellas nacieron de la riqueza que obtenemos al mirar el sufrimiento de los demás, avalados con las promesas del Evangelio.

Con el lento paso de los días estudiantiles, hubo situaciones que se fueron decantando. De este modo, sin percibirlo en profundidad, encontré el camino propio, en cuanto estaba a mi alcance. Desde luego el irremplazable hábito de la lectura, que me hizo avanzar independiente por la existencia, procurándome una clave para acercarme a mi padre. Muchas de sus inexplicables melancolías, como sus intempestivas iras, terminaron en un diálogo cálido.

Cuando más niño, estuve distanciado de su persona. En la medida que él notó mi madurez y la posibilidad de intercambiar ideas sobre temas de su pasión, nos fuimos acercando.

Y ¡cosa curiosa! lejos de escribir, para vaciar tantas nuevas experiencias, me di de lleno a la confección de versos.

Hoy cuando releo la enorme cantidad que produje por aquellos años, ajena hasta lo increíble a cualquiera regla o métrica, vuelvo a descubrir

por qué le gustaron tanto a mi progenitor. Es un secreto a voces, que él supo captar de inmediato. Si bien como poesía valen poco, retratan la inseguridad del adolescente, sus sentimientos que pugnan por salir y el ingreso a un mundo distinto, al hacerse plena la adolescencia, con todas sus interrogantes.

De esos años, en las entonces llamadas Humanidades, han nacido posteriormente, muchos relatos, como por ejemplo, "Consuelo para una madre", uno de los tantos que publiqué en el magazine dominical del desaparecido diario "La Unión", de Valparaíso.

Estaba en cama afectado de gripe, próximo a volver a clases, cuando sonó el teléfono. Contestó mi madre y en sus cortas frases, que reflejaron dolor, intuí lo que venía. La veo, parada en el umbral de mi habitación, mirando muy seria, mientras buscaba las palabras para no causarme daño. Tras algunas vacilaciones, debió decírmelo. Absurda, inesperadamente, había muerto uno de los pocos amigos y condiscípulos que venían conmigo desde kindergarten.

¡Era mi primer muerto!

Después seguirían muchos otros y más próxi-

mos. Pero éste me abrió hacia una nueva realidad que jamás me abandonaría: la certeza de nuestro fugaz paso por esta existencia.

Y de allí el tema del cuento, que si en nada se relaciona con mi amigo, fue su muerte la que me lo inspiró: se trata de la sed que sufren muchos hijos de ser importantes para sus padres y de cómo, pese a la indiferencia de éstos, son capaces de amarlos profundamente.

Mi madre, muy sensible a este tema, sufrió largo con su publicación y debí compensarla, escribiendo sobre una de las obras sociales a la que pertenecía, alabando la actitud maternal de sus cofrades.

También enriquecí mi bagaje, conservando fresca la historia de parientes como mi bisabuela materna, una especie de cacique de Vichuquén y su hija soltera que sólo se emancipó tras la muerte de su madre, ocurrida después de un siglo de terrenal existencia o, el puñado de antiguas empleadas de ambas familias y sus tragicómicas desventuras de las que madre era a la par que una especie de refugio y confidente, pozo inagotable de ayuda.

Sufrí el primer revés serio, al escribir un corto cuento para la "Revista Escolar". La comisión

revisora no creyó en su originalidad y debí agregar bajo su título, un paréntesis humillante: "Extracto de un libro".

Aprendí la lección y dejé los intentos de publicar literatura, en el colegio, volcando mis aptitudes en la clásica fábrica de artículos anecdóticos de triviales aventuras escolares.

Solamente cuando llevaba bastante avanzado como periodista, pude dar a la publicidad, los cuentos que permanecieron en estado larvario o semiconcluidos, esperando la gran oportunidad.

VIDA UNIVERSITARIA

De los Padres Franceses salí resuelto a ingresar al Noviciado de la Congregación. Distintos factores influyeron en ello lo que ahora entiendo más claramente. Desde luego estaban una serie de respuestas que sólo hallé en la religión y el constante ejemplo de mirar por los demás que recibí siempre de mis padres como de sus respectivas familias.

A ello debe agregarse la posición de los religiosos de mi época, que al motivarnos a la urgencia de velar por los más desposeídos, nos sembra-

ron una inquietud que, tal como lo he dejado señalado en artículos y comentarios, marcaron nuestras conductas con un sello indeleble.

Mucho pesó en mi ánimo, también, el sufrimiento de la enfermedad de mi padre y el que en esos años, experimentara una notable mejoría.

Así las cosas, ingresé a la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, uno de los anhelos más fervientes de mis padres, los dos con progenitores de igual carrera.

Se puede decir que pudo más la tradición, que mis vagos deseos de seguir literatura, los que ahogué, por fin, pensando que el plazo que habíamos convenido con los míos para irme al Noviciado de Los Perales, era cursar el Primer Año de Derecho.

A tanta distancia hoy, se me vuelve extremadamente tierna la actitud de mi padre, buscando por mil caminos deslumbrarme con la profesión que le era tan querida y en la que tuviera singular brillo. No dejó truco por ensayar, hasta consiguió algo insólito y descabellado para esos tiempos, tal es que un buen amigo suyo, colega y masón, me diera una serie de consejos, haciéndose el encontradizo conmigo, en su oficina.

¡Nada más notable!

Tras las trivialidades de costumbre de cualquiera conversación, me preguntó casi como al pasar, si era cierto la especie que se corría sobre mi decisión de ingresar al convento. Al contestarle que sí, me hizo una larga descripción de los valores que debía tomar en cuenta y de los peligros a los que un joven estaba expuesto, para terminar con una frase que muchas veces me ha provocado reflexiones: "Personas como tú, si acaso tienen fe, hacen bastante más falta en el mundo, donde verdaderamente cuesta portarse bien, que como sacerdotes, que es su obligación llegar a santos".

De una plumada destruía sus argumentos anteriores, pero dejaba en mi interior una inquietud que a muy corto plazo descubriría: lo que importa es cumplir con las creencias en el papel para el que hemos sido destinados.

Y de este modo, un día me vi en el convento.

Para no aburrir, abreviaré diciendo —sin temor a exagerar— que en corto plazo supe que no tenía vocación y que esperé para retirarme hasta que mis guías dentro del convento se convencieron de lo mismo.

Para terminar este punto, anotaré que los

míos que, resignadamente dejaron que hiciera mi voluntad, me recibieron con gran alborozo.

Mi vuelta a la universidad me trajo un cambio significativo; sin abandonar las creencias, comprobé que había dado un nuevo paso: la libertad de movimientos.

Hasta antes del noviciado, poseía aún costumbres casi de colegial. Trasnocaba poco y llegaba temprano a casa a repasar los ramos.

El regreso coincidió con mi encuentro con James Joyce y su "Ulises", libro que me dejó profunda huella, semejante a la que románticamente me causara a los 17 años, "El Ideal de un Calavera" de Blest Gana.

Si con este último había experimentado esa inquietud por el amor ajeno a mezquindades, Leopoldo Blum y Stéphan Dédalus, me introdujeron a los vaivenes del mundo de los mayores.

Por ese entonces me presenté por vez primera a un concurso literario, en mi propia escuela. Con un resultado muy semejante al segundo en que participé, que fue organizado por la desaparecida revista "Topaze".

En el de mi escuela, jamás se dieron los resultados, pero sí uno de sus jurados, mi condiscí-

pulo Luis Domínguez, me llamó aparte y en voz cercana a la de un espía de alto rango me confidenció: “Al padre Gandolfo, le gustaron tus poesías . . . Sigue adelante . . .”

En la revista “Topaze”, se abrió un certamen en dos etapas. Una para seleccionar los ganadores y la otra para sortear entre éstos, un viaje al extranjero. Se trataba de hallar nuevos ingenios en la humorística.

Con no poca emoción, recibí la nota en que me anunciaban mi triunfo y posteriormente, mi trabajo salió en uno de sus números. Sólo que el sorteo jamás se hizo y a poco andar, “Topaze” desapareció, no sin antes agregar, comentando mi artículo algunos elogios y en signo exclamativo: ¡Persevera! Tal similitud con el concurso anterior, me hicieron suponer que jamás llegaría más allá.

Pero, curiosamente, debería ingresar de lleno a la literatura, por algo que a mi juicio es parte de ella: el periodismo.

DERECHO CONSTITUCIONAL Y PERIODISMO

No puedo evitar la tentación de titular así, el modo como logré dar un definitivo paso.

Mi profesor de Derecho Constitucional fue el abogado y presbítero Enrique Pascal, hombre docto que a sus cualidades morales, unía sus múltiples aptitudes en las letras y la música.

Pascal era por ese entonces, el principal redactor del diario "La Unión" de Valparaíso o de "los Silva" como se le conocía popularmente, por su larga vinculación a esa familia.

Paseándonos por los corredores de la escuela, un día en que yo le confidenciaba mis cuitas, se detuvo intempestivamente y me preguntó:

"¿Nunca ha pensado en escribir en mi diario, tocayo?"

En un comienzo no me salían las palabras. Luego, mi profesor debe haber captado mi sorpresa y confusamente habré formulado alguna tonta interrogación o uno de mis tantos "por qué" cargados de incredulidad, pues Pascal me estaba asegurando que al ver mi manera de escribir las pruebas de Constitucional y ahora las de Cultura Reli-

giosa, me encontró algunas ideas originales y una buena redacción, casi pasable, añadió, tratándose de los estudiantes de hoy.

Atropellándome, le prometí que intentaría algo, para llevárselo.

Demás está decir que regresé a mi hogar, guardando este enorme secreto. Por esos días, "La Unión" era un legítimo contendor de "El Mercurio", siendo leído diariamente aquí en Santiago. De allí que entrar a su planta de un modo tan insólito, sería un salto increíble.

¿Qué dirían mis padres? ¿Cuántos, mejor que yo y con conocimientos superiores, hicieron vanos intentos de formar en sus filas?

En la casa, me encontré con obstáculos que no tomé en cuenta dentro de mi singular entusiasmo. ¿En qué papel se escribía? ¿A qué espacio? ¿Cuántas carillas? Y lo más importante: ¿qué tema?

Por fin hallé este último. Estaban de moda las radios a transistores, especialmente las portátiles venidas del Japón. Eran la aspiración de pobres y ricos, como lo serían más tarde los televisores en blanco y negro, luego en colores y a control remoto y, así será hasta el fin de los siglos.

Mientras, corrientes políticas que se polarizaban, movían amplios sectores de opinión, pidiendo mejores salarios y acelerando un proceso que tendría trágico final.

Escribí las impresiones de un aparato de este tipo, desde que deja su lugar de fábrica, hasta el destino último, en manos de un personaje clave.

Cuando le llevaba a la redacción del diario, supuse que en muy corto plazo, la historia del periodismo, señalando la fecha de su publicación, hablaría de “antes y después”.

Hasta que le alargué mi obra a Pascal, todavía pude abrigar tal convencimiento. Este la leyó con calma y después, levantando sus ojos, por único comentario, me entonó un trozo de Beethoven, el que interrumpió, abruptamente. Y continuó de inmediato, con otra composición.

Fue la primera, de las varias lecciones que me dio.

Es cierto, escribir exige reglas semejantes a la música, si comenzamos con algo, debemos mantener el mismo equilibrio, la misma melodía.

Más tarde, me insistió en un punto que se vuelve cada vez más necesario, como es aplicar los principios de la lógica en especial, las reglas

del silogismo, a cualquier artículo o trabajo. Reiteradamente volvió al tema del lenguaje sencillo, directo y lo que para él, como sacerdote le importaba, al respeto por las conciencias como fondo y al uso de términos que no lindaran con la grosería, como forma.

Con un maestro así, cuyos conocimientos pesaban fuerte en la universidad y la opinión pública, se me allanaron las cosas.

Pero hablemos del famoso artículo.

Esta vez, tardé una semana en quedar contento y Pascal lo aceptó de inmediato. Me quedaba otra sorpresa y grande.

A pesar de la breve experiencia que tenía sobre los entretelones del periodismo, pude entender que de la producción a la publicación, hay tanta distancia como del dicho al hecho. Fue por esto que quedé hondamente impresionado y agradecido, cuando en la página central del Magazine Dominical, ilustrado por el ya famoso "Lukas", apareció mi artículo.

Huelga decir que volví a la certeza que he señalado "del antes y después", la que duró tanto como el rechazo de los tres próximos artículos, por el propio Pascal. Uno por demasiado extenso, el

otro por el tema que no era de corte periodístico y el tercero, simplemente por falta de calidad.

Por esa época, no poseía la fortaleza actual, que me permite llevar un archivador con los no publicados, que si no menudean, al menos siempre nos dejan la interrogante.

Y en medio de la desesperación por verme de nuevo en letras de molde, tuve otras satisfacciones. Saliendo de clases, casi como quien habla sobre un tema prohibido, me atreví a preguntarle a Pascal cómo mi artículo mereció el honor de la ilustración de "Lukas".

Su respuesta fue simple:

"El tiene que ver con el Magazine. Le gustó y listo". Después me dijo: "Renzo es un verdadero artista. Y hasta la fecha, nadie le ha impuesto un tema o una caricatura".

Según las reglas de mi familia, consideré que estaba en deuda y fui al diario, pregunté por el dibujante y le agradecí en persona su ilustración.

Bendita la hora en que tomé tal camino. Una amistad de la que me enorgullezco, nos une desde entonces.

Quiero hacer una digresión, para hablar de Renzo Pecchenino Raggi. Pese a su enorme po-

pularidad y éxito, conserva su primitiva sencillez y es más gracioso en privado que en sus labores.

Bien. Sigamos con el periodismo.

Impresionado con una obra de teatro, escribí un corto comentario y este sí que apareció, ahora en una sección llamada "Color del Tiempo".

Con esa tenacidad que poseen los jóvenes, seguí escribiendo artículos del mismo largo y contenido, los que aparecieron en igual sitio.

En resumen, gracias a la paciencia de los Silva y a la aceptación del público, me convertí primero en colaborador y luego en periodista, entrando a la amada carrera a través de esta sección, cuya propiedad conservo hasta nuestros días, en mi comentario de Radio Agricultura de Valparaíso.

Y lo que es justo aclarar, es que no soy su inventor, sino que su heredero, pues tan bello nombre lo creó Salvador Reyes, el insigne escritor del mar y redactor por ese entonces de "La Unión".

Es un ejemplo auténtico del dicho "Nadie sabe para quién trabaja".

No quiero cansar.

Sí me interesa dejar anotado de mi largo paso por el diario, hechos importantes en mi vida.

Desde luego, mi relación óptima con "los Sil-

va". El Director, Alfredo y su hermana, Sub-Directora, María Eugenia.

Cuando me llamaron para formalizar mi ingreso a la planta, puse una sola condición: jamás involucrarme en asuntos políticos. Un poco a regañadientes, ambos aceptaron esta cláusula que no quedó consignada en contrato alguno.

No obstante, la respetaron hasta tal extremo que en no pocas oportunidades, alguno de ellos debió volver tarde al diario, al recordar que en la pauta había un tema político y me iba a tocar a mí, que estaba de turno.

Alfredo Silva era activo militante del antiguo Partido Conservador y su hermana, al menos de grandes simpatías por esa tienda.

Y literariamente, pude por fin, verme publicado. Cerca de dos años, estuve domingo a domingo a cargo del cuento o relato histórico.

Mil anécdotas se sucedieron, de las que sólo relataré dos.

Uno de los cuentos que más cartas a la Dirección produjo, fue "El Totem", ambientado en un cerro porteño y se basa en lo que hoy se conoce como la medicina de los injertos. Estaba escrito en primera persona y el protagonista se refería

a los experimentos de un ex-condiscípulo, que siendo deforme logra éxito, corrigiendo su cuerpo para terminar trágicamente dominado por los órganos de los animales que usó en su persona.

Una funcionaria de los Tribunales de Justicia, tras alabar mi obra, me preguntó si mi amigo no dejaría sus apuntes en alguna parte, ya que, seguramente, sus investigaciones podían ayudar también a las mujeres...

La otra. Un día, lleno de cariño por la Gesta del Pacífico, comencé a escribir un relato a lo Jorge Inostroza, enlazando la vida de un campesino analfabeto y lleno de coraje, con la de un presidiario al que se le da la alternativa de reconocer filas, a cambio de la libertad. Muy inspirado, lo titulé "No la pisen jamás invasores" y su capítulo número uno, prendió hasta tal punto que entre el domingo de su publicación y el próximo, hubo no sólo llamadas telefónicas y cartas, sino que reclamos varios, en contra de la Dirección, por no publicar de una sola vez, la historia.

Hasta aquí, miel sobre hojuelas. Pero veamos que pasaba entre bastidores. El mal remedo de historiador y cronista, se encontró con un problema de proporciones, al determinar que sus perso-

najes pertenecieran a un ejército, que para su desgracia, ignoraba cuándo se embarcó y dónde. El drama se precipitó cuando Harol Mesías, a la sazón Jefe de Crónica, muy discretamente me dijo que vencía el plazo máximo para imprimir el Magazine.

Para abreviar, dejaré señalado que debo a la bondad de Eduardo Carvallo, primo lejano de los Silva y condiscípulo mío, quién trabajó en la biblioteca de su padre, el abogado de igual nombre, hurgando en Barros Arana, Bulnes y Encina, el que por fin embarcara a mis héroes, sanos y salvos, dispuestos a ofrendar sus vidas y amar a la misma mujer, según se vislumbró en el difícil parto del relato histórico.

CONTACTOS LITERARIOS

Cuando en medio del sufrimiento, alguien nos llama "hombre de suerte", molesta. Y no fui una excepción.

Por eso hoy quiero pedir disculpas a los que respondí bruscamente, por decirlo. En realidad, he tenido bastante fortuna, si se piensa cómo sin

mayores esfuerzos, me vi vinculado a personas e instituciones literarias.

Trabajaba de procurador de mi padre, cuando el librero Salvador Araya me invitó a la Sociedad de Escritores de Valparaíso. Asistí esa tarde a una de sus sesiones, donde me fueron presentados Carlos León, Modesto Parera, Nicasio Tangol, Julio Flores y Alfonso Larrahona, entre otros.

Tras la reunión y tal me ha sucedido en muchas de las cosas buenas de mi vida, no tardé en verme formando en la Sociedad, sin mayor mérito de mi parte.

Por ese mismo tiempo, Sara Vial, consagrada ya por Neruda y la crítica, se reunía con un grupo de simpática bohemia, encabezado por "Lukas" y el futuro marido de Sara, Jorge Lüer.

Círculo amplio, que cobijaba pensadores como el arquitecto José Ríos y dibujantes como Isidoro Arteaga y Oscar Montenegro.

A estos dos últimos debo el haber escrito sobre Prat, Cochrane, Manuel Rodríguez y Blanco Encalada, guiones para estudios históricos que ellos ilustraron.

Todo comienza a tomar forma.

Mis cuentos, con monos de "Lukas" y Allen-

de, otro excelente ilustrador, se abren paso. Sara Vial, con su generosidad innata, me presenta a personajes de valía y yo, íntimamente, siento que esto es vivir.

Toda esta ensoñación se ve amenazada, solamente por las voces de los míos y la de un compañero de la universidad, que extrañamente coinciden, al preguntarme qué va a ser de mí en el futuro.

Los años pasan y si bien es cierto que avanzo en Derecho, no tengo mayores ingresos. Mi condiscípulo me interroga: “¿Tú crees que escribiendo esos cuentecitos, vas a vivir?”

Le respondo: “Nunca lo he pensado. Pero ya hallaré lo mío”.

Y fue así. Contrariamente a todas las cábalas humanas, un día me encontré con un buen trabajo, tras una nueva enfermedad de mi padre que debió terminar su bufete profesional y después de la pérdida de “La Unión”, por la familia Silva.

A poco, colaboraba con “La Estrella” de Valparaíso, para pasar a “El Mercurio”, cosa que hago hasta el presente.

Y se sucedieron los hechos.

Por hábito, comencé a concursar en todo cer-

tamen que estaba a mi alcance. De pronto, un éxito. Mi cuento "La Luna de Miel de un Jugador", obtuvo Mención Honrosa en el Concurso Nacional organizado por el Instituto Pedagógico de Valparaíso.

Luego participé en el Ateneo de San Bernardo y recibí una carta del Jurado en la que me reconoce que mi obra "Un viajero original", merecía el primer premio, pero por no cumplir con las bases, al excederse en páginas, no se me había otorgado. Lejos de descorazonarme (al periodismo le debo la tenacidad) concursé al año siguiente con "Un despojo singular" y obtuve una generosa suma, al recibir el Segundo Premio.

Mientras, la Sociedad de Escritores me ofrecía cumplir con el mayor sueño: publicarme.

Editaba por esa época, con el mismo esfuerzo y semejantes dificultades a las que estamos condenados desde el principio y por siempre jamás, los escritores, una revista titulada "Coral". Allí aparecieron nuevos cuentos míos, para recibir después la gran oferta: editar un libro.

De este modo, vio la luz "Cómo asesiné al presidente", publicación que tuvo rápida venta, pese a lo humilde de su factura, gracias a la dili-

gencia de los miembros de la Sociedad y que más tarde, un 9 de septiembre de 1973, me abriría las puertas, gracias a un comentario increíblemente oportuno para las circunstancias históricas que vivíamos, firmado por Alone.

INTERLUDIO

Varios hechos dieron un nuevo rumbo a mi existencia.

Me fui de "La Unión". Obtuve un excelente trabajo y llegó a mi curriculum, el cambio de estado. Todo esto coincidió con los profundos remezones que sufrimos hace más de 12 años.

Trasladado a Santiago, "inverné", para usar un término, mis inquietudes periodísticas y literarias, dedicando los esfuerzos a la familia que recién creaba.

Mi mujer pasó entonces a jugar un papel fundamental en el futuro. Fue ella la que no permitió que me convirtiera en un simple lector empedernido y "ganapán" vulgar, al instarme a seguir concursando, si era mi voluntad no escribir como periodista.

En medio de la tensión social, pude guardar

detallados testimonios, como los que consigno en mi novela inédita "Marionetas y Figulinas", amén de escribir una serie de relatos que añadí al que plasmé, cuando murió terrenalmente, mi padre.

En todo este tenso como largo período, sufrí muchas vicisitudes, pero no estaba solo y me debía a los que eternamente se relacionarían conmigo: mi mujer y mis hijos.

Tuve la suerte de contar además, con la compañía de mis progenitores y la intransable amistad de mis únicos hermanos. Por fin un día, la tempestad pasó y tal se repetirá siempre en la historia, vino la esperanza.

Volvimos a Viña del Mar. Teníamos dos hijos por los que estábamos dispuestos a luchar y así lo hicimos. "El Mercurio" me abrió sus puertas y, como tantas veces, comenzamos de nuevo.

¿Y la literatura?

Casi como una feroz ironía, en medio del fragor de la lucha política que llevó a nuestra sociedad al borde de la guerra civil, me veo recibiendo cálidos aplausos del público que asistió al lanzamiento que patrocinaba la Fábrica Costa, del libro "Nueva Narrativa Porteña", compilación de Julio Flores.

Mientras en las calles había enfrentamientos, los antologados, habitantes de un mundo que elegimos voluntariamente, vivíamos, al menos por unas horas, nuestra propia realidad.

Y como las olas, vienen y se van, también otro día me encontré ante una nueva posibilidad: publicar en Ediciones Universitarias, un libro de cuentos.

Ahora me sobraba material y entregué el suficiente para que lo seleccionaran Enrique Lafourcade y Fernando Emmerich. Solamente impuse uno: el cuento que escribí la última noche terrenal de mi padre, tras haber experimentado la dicha cristiana de verlo morir en mis brazos, rodeado de los suyos, que orábamos seguros de su salvación, mediante el largo sufrimiento que afrontó estoico y varonil, en su tránsito mortal.

Allí nació "Adiós, padre . . . ¡Adiós!", marcado por el nexo incorruptible del amor, que explica su aceptación.

Al respecto, quisiera comentar que dos años después al leer un aviso de la Municipalidad de Santiago de que se recibían libros para su biblioteca, hice un paquete con algunos y en uno de ellos, puse una dedicatoria al alcalde Patricio Mekis.

Casi un mes después, de la Editorial Universitaria me trajeron una tarjeta en la que me agradecía el envío, prometiéndome su lectura. La demora en recibir yo su respuesta, se debía a un hecho singular: no puse remitente.

Guardé la tarjeta y seguí mi vida normal, si puedo calificar de ese modo lo que sufrí en los próximos meses, en el trabajo.

Volvía de un viaje de rutina al norte en 1979 y al ir a Radio Agricultura a grabar mis primeros comentarios, de la oficina de prensa me llamó Mario Velásquez con grandes aspavientos, para preguntarme: “¿Qué le parece el premio?”

Como estaba cierto de no haber concursado en nada últimamente, supuse que era una equivocación. Pero Mario insistió: “El Premio Municipal de Literatura de Santiago” y al ver que realmente no reaccionaba, continuó: “Con su libro “Adiós, padre . . . ¡Adiós!”

Quedé tan confundido que tartamudeé una excusa y me vine a casa, recogiendo de pasada al segundo de mis hijos. Me mantuve sin comentar nada, hasta que reunidos en familia, conté el asunto.

Mi señora me escuchó en silencio, felicitán-

dome si es que era cierto, me dijo, pues se podía tratar de una broma para el novato.

Le encontré razón y callamos.

Temprano, al día siguiente, Agricultura abrió su programa, con la voz de Luis Azócar, Jefe de Prensa, que alborozado dijo: "Muy buenos días. Tenemos una gran noticia para la región y nuestra emisora, nuestro compañero de labores Enrique Skinner obtuvo el Premio Municipal de Literatura".

¡Era verdad!

Se producía por fin un vuelco definitivo que me obligaba ahora a seguir escribiendo, ¡perseverar!, como me anotó "Topaze".

Demás está decir que muchas cosas cambiaron, incluso en mis labores de oficina, pero esas son materias para otro día.

Quisiera dejar mis comentarios detenidos en ese año 1979, pues considero que para acá es pasado muy próximo.

Sí, comentan que junto con Sara Vial, Armando Solari, Patricia Tejeda, Eduardo Embry, Jorge Lüer y "Lukas", hicimos un corajudo esfuerzo editorial, hace años y logramos sacar varios números de una revista de arte y literatura a la

que pusimos “Círculo”, expresión del grupo de amigos y artistas que la dimos a luz. El primer número causó revuelo, aunque internamente encontrábamos que su portada recordaba una conocida marca de zapatos... A pesar de ello, jamás fue pedestre.

También gracias a Sara Vial, se publicó en “La Nación” dominical, de portada mi cuento “Un testador de largo aliento”, que me abrió paso al trato con Carlos León, la gloria de nuestras letras, quien se interesó por que yo editara, prologándome luego. El relato fue una de las últimas ilustraciones de la pluma del indescriptible “Adward”.

En fin, son muchas las revistas, diarios y publicaciones donde hasta la fecha he podido vaciar parte de mis experiencias.

Para terminar, quiero decir que poco después se dio la paradoja que se premiara mi largo quehacer periodístico, al ser creado el Premio Municipal de Periodismo por la I. Municipalidad de Valparaíso y serme otorgado por unanimidad.

En realidad, tras hacer un análisis, no puedo negar que soy un hombre con suerte, máxime cuando Dios nos entregó junto con los galardones

nombrados, a mi mujer y a mí dos nuevos premios, al duplicarnos nuestra primitiva familia compuesta de dos varones con el nacimiento de nuestras dos hijas.

Cierro estas líneas apuntando, que muy sabiamente decían mis mayores británicos, una cosa es el hombre como cree ser, otra como lo miran sus amigos y enemigos, y bastante distinto, lo que a la postre vale. Yo me permito agregar, que este punto se lo dejo en definitiva a Dios, que así como nos creó y nos dio las herramientas para ser, juzgará nuestra labor.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado
los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel
Guillermo Trejo
Graciela Toro
Ernesto Livacic
Enrique Skinner



COEDICION
ZAMORANO Y CAPER
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO